

La calle para el viernes 9 de febrero de 2007  
Diario de un espectador  
Reyes y su padre  
por miguel ángel granados chapa

Una inexorable fuerza se nos impone cada nueve de febrero. En esa fecha de 1913 murió bajo la metralla maderista, cuando se había lanzado a asaltar el Palacio nacional, el general Bernardo Reyes, que fue gobernador de Nuevo León, ministro de guerra con el general Díaz y pudo haber sido su sucesor. Al paso de los años, esos títulos quedaron a un lado y pasó a ser simplemente el padre de Alfonso Reyes, desde que éste se alzó hasta la cumbre de la literatura mexicana. Por lo menos en los tres años recientes (2004, 2005 y 2006) y quizá con mayor antigüedad todavía, hemos dado espacio en esta columna a porciones del hermoso texto escrito por Reyes en 1930 para evocar la muerte de su padre, porque es una piedra miliar del edificio de la letras mexicanas y porque se llama *Oración del nueve de febrero*. Es un canto de amor filial que proponemos como ejemplo de ese género. Hoy nos detenemos en el segundo y el tercero de sus seis apartados:

“De todas sus heridas, la única aparente era la de su mano derecha, que quedó siempre algo torpe y solía doler en el invierno. La izquierda tuvo que aprender de ella a escribir y trincar y también a tirar el arma, con todos los secretos del viejo maestro Ignacio Guardado. Lentamente la derecha pudo recobrar el don de escribir. Hombre que cumplidos los cincuenta años era capaz de iniciar el aprendizaje metódico de otra lengua extranjera, no iba a detenerse por tan poco.

Hojeando en su biblioteca, he encontrado las cuatro sucesivas etapas de su firma: La primera, la preciosa firma llena de turgencias y redondeces, aparece en un tomo de *Obras poéticas*, de Espronceda, París, Baudry, 1867, y en una *Cartilla moral militar* del Conde de la Cortina, edición de Durango, Francisco Vera, año de 1869. La segunda, la encuentro en un ejemplar de las poesías de Heredia, y lleva la fecha de Mazatlán, 1876. Aquí el nombre de pila se ha reducido a una inicial y el rasgo es más hermoso y ligero aunque todavía se conserva la misma rúbrica del adolescente, enredada en curvas y corazones. La tercer fase la encuentro en cartas privadas dirigidas al poeta Manuel José Othón por el año de 1889. Aunque después de la herida, todavía resulta muy ambiciosa. La cuarta fase es la que conoce la fama, la que consta en todos los documentos oficiales de su gobierno, y es ya la firma del funcionario, escueta, despojada y mecánica.

Pero hemos entrado en su biblioteca y eso significa que el caballo ha sido desensillado. En aquella biblioteca donde había de todo, abundaban los volúmenes de poesía y los clásicos literarios. Entre los poetas privaban los románticos; era la época mental en que el espíritu del héroe se había formado. El hallazgo de aquella firma juvenil en un ejemplar de Espronceda tiene un sentido singular.

Después de pacificar el norte y poner coto a los contrabandos de la frontera —groseros jefes improvisados por las guerras civiles alternaban allí con los aprovechadores que nunca faltan, y se las arreglaban para engordar la tienda con ilícitos medros—vinieron los años de gobernar en paz. Y como al principio el General se encontraba unos meses sin más trabajo que la monótona vida de cuartel, aprovechó aquellos ocios nada menos que para reunir de un rasgo los incontables tomos de la *Historia de la humanidad*, de César Cantú. Toda empresa había de ser titánica para contentarlo y entretenerlo. Aunque fuera titánicamente metódica como lo fue su gobierno mismo. Otros hablarán de esa obra y de lo que hizo en aquella ciudad y en aquel estado. Aquí el romántico descansa o, mejor dicho, frena sus energías y administra el rayo, conforme a la general consigna de la paz porfiriana. Aquella cascada se repartirá en graciosos riachuelos y éstos, poco a poco fueron haciendo del erial un rico jardín”.